

**Carta Pastoral de Mons. Antonio Dorado Soto,
Obispo de Málaga**

**GLORIA A LA
SANTISIMA TRINIDAD**

Curso 1999-200

INDICE

I. INTRODUCCION

1. Un año de alegría y acción de gracias
2. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo
3. Gloria a la Santa Trinidad

II. CREO EN EL PADRE Y EN EL HIJO Y EN EL ESPIRITU SANTO

DE LA FE VIVIDA A LA FE PENSADA Y EXPLICADA

4. La fe trinitaria vivida
5. La fe trinitaria confesada: las “reglas de fe”
6. La fe trinitaria pensada y explicada

CREEMOS EN UN SOLO DIOS Y EN TRES PERSONAS DISTINTAS

7. Buscando el rostro de Dios uno y trino
8. Creer en Dios desde la confianza y la humildad
9. Dos soluciones tentadoras: el Modalismo y el triteísmo
10. Señor, que te encuentre amándote

VIVIR LA FE EN CLAVE TRINITARIA

11. Regresar a la “patria trinitaria”: la senda de la oración
12. Gloria y alabanza al Padre Creador
13. Señor, muéstranos al Padre
14. Manda tu luz desde el cielo

ILUMINADOS POR LA SANTA TRINIDAD

15. Desde la oración al compromiso
16. El amor a Dios Padre y el compromiso con la creación
17. La fe en Jesucristo y el compromiso con la historia
18. La fidelidad al Espíritu Santo y la apuesta por el futuro

5. SER IMAGEN DE DIOS TRINO

19. Una existencia pascual trinitaria
20. El hombre como sujeto
21. El hombre como ser comunitario
22. Proyección social del hombre como ser comunitario
23. El hombre como guardián del universo

III. LA IGLESIA DE LA SANTA TRINIDAD

24. La Iglesia nace de la Santa Trinidad
25. Intensificar la pastoral misionera
26. Avanzar en la pastoral de los ambientes
27. Fomentar la comunión eclesial
28. Alentar la tensión ecuménica
29. Peregrinar en la fe
30. Reavivar la dimensión eucarística de la fe

IV. CONCLUSION

31. Con la fe que procede de un corazón sencillo

I. INTRODUCCION

1. Un año de alegría y acción de gracias.

Al comenzar el año del Gran Jubileo 2.000, os invito a vestiros el traje de fiesta, como expresión de esa alegría interior y exterior de que nos habla el Santo Padre (cf TMA 16). El Reino de Dios lleva dos mil años germinando en nuestro mundo y tenemos motivos fundados para la acción de gracias, para la alabanza y para la alegría. Todo comenzó de manera muy humilde en Belén, un oscuro rincón del imperio romano, desconocido hasta entonces. El nacimiento de un niño en un establo de animales, que pasó inadvertido para la gente importante de aquel tiempo, fue visto por los humildes y limpios de corazón como una señal cierta de esperanza. Viéndole desvalido en un pesebre, supieron descubrir al Ungido del Señor, al Salvador del mundo, a quien nosotros llamamos Jesucristo (cf Lc 2, 10-14).

Con su mirada de fe, San Juan nos dirá que ese niño es la Palabra eterna de Dios, por la que había dado vida al mundo cuando creó por ella los cielos y la tierra, que al cabo de los siglos vino a poner su tienda entre nosotros. A cuantos le recibieron ayer y a todos los que le seguimos recibiendo hoy, nos ha mostrado su gloria y nos ha dado ser hijos de Dios. Porque es la luz verdadera que brilla en las tinieblas e ilumina con la fe los ojos del corazón (cf Jn 1,1-14), para que tengamos la alegría del Evangelio, que nada ni nadie puede quitarnos (cf Jn 16,22-24).

Al cabo de dos mil años de su nacimiento, los creyentes repetimos con los pastores de Belén: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes El se complace" (Lc 2,14). Así nos lo ha recomendado el Papa Juan Pablo II, cuando dice que "en esta fase, la fase celebrativa, el objetivo será **la glorificación de la Trinidad**, de la que todo procede y a la que todo se dirige, en el mundo y en la historia" (TMA 55).

Han pasado veinte siglos, durante los cuales el hombre ha vivido un proceso extraordinario de búsqueda, con logros formidables y con muchos descabros, y de aquel insignificante grano de mostaza, ha brotado el árbol espléndido de la Iglesia, que ha fecundado la historia con frutos abundantes de santidad. Por eso proclamamos agradecidos: "Gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo".

2. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Según el evangelista San Mateo, es voluntad del mismo Jesucristo que si queremos convertirnos en discípulos suyos, tenemos que recibir el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf Mt 28,19). Y consta ya en un escrito muy antiguo, que tiene por título *La Doctrina de los Doce Apóstoles*, que es así como lo hacían los Cristianos. "Acerca del bautismo, dice, (...), bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua viva" (*Didaché*, VII).

Nosotros hemos recibido este bautismo, y por eso nuestros padres nos enseñaban a comenzar la oración "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". También es costumbre muy antigua terminar la oración exclamando: "gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo". Es una plegaria de alabanza muy sencilla y muy antigua, que aparece ya en un documento de los primeros siglos: el *Martirio de San Policarpo*, donde leemos: "A él (Jesucristo) sea gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén" (XXII, 3).

También al celebrar la santa misa nos dirigimos a Dios Padre, pidiéndole que envíe su Espíritu, de manera que transforme el pan y el vino, sobre los que se pronuncian las palabras de la consagración, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; y después de la consagración, pedimos al Padre que, "fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de su Hijo y llenos de su Espíritu Santo" nos convierta en el nuevo Pueblo de Dios, de manera que "formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu" (Plegaria Euc. III. En cada oración, empezando por la oración colecta, que se recita antes de las lecturas, seguimos esta fe trinitaria: le pedimos a Dios Padre que nos atienda por Jesucristo, su Hijo, que vive y reina con El en la unidad del Espíritu Santo, como un solo Dios que vive por los siglos de los siglos. Y terminamos la plegaria eucarística con esta hermosa proclamación trinitaria: "Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos".

Y es que nuestro "Dios es único, pero no solitario", como decían ya los teólogos y los Papas antiguos (*Fides Damasi*, DS 71). Los nombres "Padre", "Hijo" y "Espíritu Santo" no son palabras vacías, sino la manera habitual de designar a las tres Personas Divinas, que son distintas entre sí y que constituyen el sólo y único Dios, como nos recuerda el **Catecismo de la Iglesia Católica** (cf CIC 253-255).

3. Gloria a la Santa Trinidad.

El año 2.000 nos invita a vivir intensamente la alegría de adentrarnos en el misterio de Dios y de saber que nos ama y nos ha creado a su imagen y semejanza. Y junto a la alegría, la alabanza ante su infinita bondad, su sabiduría deslumbrante y su inmensa grandeza, de las que nuestro mundo es sólo un pálido reflejo. Por último, la glorificación de su nombre, de su intimidad misteriosa que se nos ha manifestado en Jesucristo, Palabra definitiva de Dios (cf Jn 1,1), resplandor espléndido de su gloria e impronta de su ser (cf Hbr 1,3), verdadera imagen del Invisible, que lo penetra todo y lo sustenta todo (cf Col 1,15).

Pero difícilmente podremos gozarnos de ser hijos suyos, alabando y glorificando su nombre, si no nos adentramos con la mente y con el corazón en su Misterio infinito de amor y misericordia, que nos ha salido al encuentro en Jesucristo. La contemplación creyente y agradecida de la Santa Trinidad es la clave de toda vida cristiana: de nuestra adoración a Dios y de nuestra comprensión de la existencia y de la historia humana, incluso en su vertiente socio-política. “Nuestra fe en el Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice la Conferencia Episcopal Española, revela y respeta a la vez el misterio sublime e indecible de Dios. Nos abre así mismo a la intelección más profunda posible de nosotros mismos, del sentido de nuestra vida en el mundo, y de nuestro destino, y, sobre todo, nos hace capaces de vivir de acuerdo con la verdad conocida” (*Dios es amor, n.41*). Por eso, os invito a emprender un camino de profunda conversión, que actualice la dimensión trinitaria de nuestra vida de fe y de nuestros proyectos pastorales. Comprendo que no es tarea fácil, pero como dice el Papa, "en el sacramento de la Eucaristía, el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina" (TMA 55) y como camino de regreso a “la patria trinitaria”.

II. CREO EN EL PADRE Y EN EL HIJO Y EN EL ESPIRITU SANTO

De la fe vivida a la fe pensada y explicada

4. La fe trinitaria vivida.

Los primeros seguidores de Jesús se sintieron fascinados por aquel vecino suyo, un judío en toda regla, que les hablaba de Dios de una manera convincente y no como los escribas (cf Mt 3,28-29). Les decía que Dios es nuestro Padre (cf Lc 11, 2-4.13), un Dios de buenos y de malos (cf Mt 5, 45), cercano y misericordioso (cf Lc 6,36-38), que no disfruta en castigar (cf Lc 7,30-50), sino que busca afanosamente al pecador (cf Lc 15) para que reconozca su pecado y reciba su perdón (cf Lc 18,9-14). Para todos tenía palabras de vida; “anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos, el consuelo” (Plegaria eucarística IV), “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo” (cf Hch 10,38). El los enseñó a amar a Dios y nos reveló su rostro (cf Mt 11,27). Cuando le vieron resucitado en medio de ellos, y se sintieron perdonados y aceptados en toda su pobreza humana, proclamaron que a este Jesús de Nazaret, “Dios le ha constituido Señor y Mesías” (Hch 2,36) y que quienes se arrepienten de sus pecados y creen en El reciben la fuerza interior del Espíritu Santo (cf Hch 2,33; Ef 1,13).

Deslumbrados por la experiencia salvadora y transformadora de estos acontecimientos, los primeros cristianos no se hacían muchas preguntas. Comprenden ahora toda la vida, y especialmente la cruz y la resurrección de Jesús de Nazaret como actos en los que interviene sobre él y para él “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres” (Hch 3,13), que actuó “con poder, según el Espíritu de Santificación” (Rm 1,4). Así nos ha demostrado Dios su amor (cf Rm 5,8), bendiciéndonos “con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo” derramando sobre nosotros “la riqueza de su gracia”, sellándonos en Cristo con el Espíritu Santo (cf Ef 1,3-14). Según la fe de los discípulos, la Pascua del Señor es la historia trinitaria de Dios, que se convierte en historia de salvación, en historia nuestra. Por eso vivían agradecidos el amor sobreabundante de Dios Padre, la presencia oculta pero eficaz del Resucitado y la compañía casi visible del Espíritu Santo. Sabían muy bien quién era el Padre, a quien se dirigían en sus rezos; conocían a Jesucristo, a quien confesaban el Hijo y el Señor; y se dejaban guiar por el Espíritu Santo, que iluminaba su mente y sostenía su fe.

La primera comunidad cristiana se ve a sí misma como el nuevo Pueblo de Dios (cf 1P 2,9-10), el Cuerpo de Cristo (cf Ef 1,33;5,23), y la Iglesia del Espíritu, que mora en ella (cf 1Co 3,16). La vida del creyente es vida según el Espíritu (cf Rm 8,14, configuración con Jesucristo (cf Ga 2,20) y participación de la experiencia filial del Hijo en su relación con el Padre (cf Ga 4,6). El cristiano vive de la Trinidad y la manifestación de este vivir trinitario es el amor (cf Jn 15,9-12; Rm 5,5).

Dice el libro de Los Hechos que los seguidores de Jesucristo, el Crucificado-Resucitado, "acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (Hch 2,42). Para ellos, el Reino de Dios era Jesucristo: en El habían descubierto el amor incondicional de Dios al hombre y por El habían recibido la luz del Espíritu, que inundaba de gozo y de amor sus corazones. Seguían siendo los mismos, con su libertad, su responsabilidad y sus defectos; pero habían encontrado horizontes insospechados de fe, de amor y de esperanza. Se amaban, compartían sus bienes y trataban de vivir el Evangelio con la autenticidad de quien ha visto y oído. Las preguntas comenzaron más tarde, cuando empezó a decaer el fervor primero.

5. La fe trinitaria confesada: las reglas de fe.

A medida que la Iglesia se fue extendiendo por diferentes países, cuando habían muerto ya los apóstoles, surgieron dentro de las comunidades personas que reivindicaron el título de maestros y empezaron a sembrar la discordia entre los hermanos. Querían sustituir a los legítimos sucesores de los apóstoles en la misión de enseñar, predicando extrañas elucubraciones en lugar de la fe trinitaria; abandonando la práctica del amor fraterno por su vana palabrería, y el servicio a todos, por su afán de protagonismo. Fue un movimiento muy complejo y dañino, que se denomina gnosticismo.

Para mantener la fidelidad a Jesucristo, los Padres de la Iglesia tuvieron que elaborar las "reglas de fe", una especie de sumarios en los que contenían lo esencial del "Credo", lo que ningún seguidor de Jesucristo podía ignorar en su mente ni en su corazón. Hacia el año 202, San Ireneo de Lyon dirá que la fe del cristiano consiste en que "recibimos el bautismo en remisión de los pecados en el nombre del Padre y en el nombre del Hijo, que tomó un cuerpo, murió y resucitó de entre los muertos, y en el nombre del Espíritu Santo" (*Epideixis*, 3). Algunos años después dirá más explícitamente Tertuliano: "Hay una regla de fe (...), según la cual creemos que existe simplemente **un solo Dios y ningún otro al lado del Creador del mundo**, que lo ha creado todo con su **Palabra** que lo antecede a todo. Esta Palabra es llamada su Hijo (...) y ha descendido finalmente por obra del Espíritu y con la fuerza de Dios Padre sobre la Virgen María, encarnándose en su seno maternal y naciendo de ella como Jesucristo. Después Este predicó la nueva Ley y la nueva Alianza del Reino de los Cielos y obró milagros; muerto en la Cruz, resucitó al tercer día; arrebatado a los cielos, está sentado a la derecha del Padre, envió en su lugar la fuerza representativa del **Espíritu Santo**, que debe mover a lo fieles... Esta regla (...) no está sometida a ninguna clase de revisión" (*De praescr. haer.* 12,5).

6. La fe trinitaria pensada y explicada.

En el siglo tercero, muchos cristianos empezaron a preguntarse quién era Jesucristo, por qué había que buscar él la salvación y en qué radicaba la esencia de su mensaje. Afirmar, como algunos hoy, que fue "el hombre para los demás, es realmente muy poco; y también es muy poco decir que fue "el hombre más humano" o "el hombre verdaderamente libre". Fueron años de reflexión, de preguntas inquietantes y debates apasionados, que amenazaron con dividir a la comunidad cristiana en un mosaico de grupos, cada uno con su cabecilla al frente. Ante la gravedad de la situación, la Iglesia, reunida en el Concilio de Nicea el año 325, confesó que Jesucristo es "Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero",

el Hijo unigénito de Dios engendrado en la eternidad, que no creado como los demás hombres (cf D. 54).

Medio siglo más tarde, la reflexión y el diálogo giraron en torno al Espíritu Santo. Ahora se preguntaban los cristianos quién o qué era esa fuerza misteriosa que los habitaba, los renovaba sin cesar y actualizaba su fe, de manera que pudieran dar las respuestas necesarias a los hombres de su tiempo sin dejar por eso de ser fieles a la fe de los Apóstoles. Reunida otra vez en concilio, la Iglesia dijo en Constantinopla el año 381 que también el Espíritu Santo es persona divina, “Señor y Dador de vida, que procede del Padre, que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, que habló por los profetas” (D 86). Más tarde, la comunidad cristiana añadirá que “procede del Padre por el Hijo”, como siguen confesando los hermanos orientales. En Occidente hemos aprendido a rezar desde niños que “procede del Padre y del Hijo”. Las dos formas siguen siendo válidas para expresar nuestra fe.

Así, “durante los primeros siglos, la Iglesia formula más explícitamente su fe trinitaria tanto para profundizar su propia inteligencia de la fe como para defenderla contra los errores que la deformaban. Esta fue la obra de los concilios antiguos, ayudados por el trabajo teológico de los Padres de la Iglesia y sostenidos por el sentido de la fe del pueblo cristiano” (CIC n.250).

Pero ahora surgían nuevas preguntas: ¿Cómo podemos confesar con la Biblia que existe un solo Dios, Creador de todas las cosas, y afirmar al mismo tiempo que Jesucristo y el Espíritu Santo son personas divinas como el Padre? ¿Es que el Hijo y el Espíritu Santo no son distintos del Padre? ¿O es que son algo así como dos dioses menores?

Creemos en un solo Dios y en tres Personas distintas.

7. Buscando el rostro de Dios uno y trino.

Dice san Juan que “Dios es amor” (1Jn 4,8) y sabemos que el amor es fuente de vida. Por eso no es de extrañar que Dios, a quien conocemos porque nos lo ha revelado Jesucristo, el Hijo, no sea una persona solitaria, sino una comunión de personas; una Santa Trinidad. Y sin embargo, “no confesamos tres dioses, sino un solo Dios en tres personas”. Pero las tres “personas divinas no se reparten la divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios” (cf *Catecismo...* n. 253-54).

Teólogos de todos los tiempos han intentado adentrarse con su poderosa inteligencia en este misterio insondable. Entre ellos, sobresalen San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Dicen que Dios, igual que creó con sólo su palabra, engendró al Hijo con sólo su pensamiento, por eso decimos que Jesucristo es el Verbo, la Imagen acabada del Padre que vive eternamente en su seno, el conocimiento que el Padre tiene de sí mismo. Y el Espíritu Santo es el Amor eterno e infinito que se tienen entre sí el Padre Dios y el Hijo-Imagen perfecta de Dios. Así, la Divina Trinidad es misterio de Sabiduría y Amor que genera Vida

constante y eternamente. Porque Dios Padre es Sabiduría infinita y eterna, desde siempre engendra en su seno su propia y acaba Imagen, el Hijo; y desde siempre también el Padre y el Hijo están unidos por el Amor que mutuamente se tienen, ese Amor está brotando de ambos y que llamamos Espíritu.

No es extraño que algunos entre los más sabios de nuestros mayores hayan luchado con Dios como el patriarca Jacob, tratando de contemplar su rostro con su humana inteligencia (cf Gn 32,23-30), porque los Salmos nos enseñan que contemplar el rostro de Dios es un deseo de los creyentes de todos los tiempos (cf Sal 16, 15; Sal 27,4; Sal 42-43; Sal 67,1-3). Pero el misterio divino no se deja abarcar por la inteligencia humana, pues un Dios que pudiera ser plenamente conocido por nuestro entendimiento finito no sería verdaderamente Dios. De ahí que sólo podemos seguir confesando que creemos en un solo Dios y en tres Personas distintas, sin que ninguna de ellas sea mayor o menor que cada una de las otras.

8. Creer en Dios desde la confianza y la humildad.

Es verdad que las varias explicaciones de los teólogos son ingeniosas y ayudan a vislumbrar de alguna manera el misterio insondable de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo: el misterio de la Santa Trinidad. Pero el Concilio Vaticano II en la **Lumen gentium** (n 2,3,4), y el Papa Juan Pablo II en sus tres grandes encíclicas sobre las personas divinas (*Redemptor hominis*, *Dives in misericordia*, y *Dominum et vivificantem*), ha considerado que era preferible hablar de la Santísima Trinidad siguiendo el camino de la Biblia: narrando los hechos maravillosos que la Historia de la Salvación atribuye a cada una de las personas divinas. Es un camino más humilde, pero muy eficaz para alentar la gratitud y la alabanza del creyente.

Cierto que nuestra inteligencia es asombrosa, pues nos permite remontarnos con clarividencia en el espacio y en el tiempo. Con la ayuda de los telescopios, nuestra mirada escala los cielos y alcanza distancias inimaginables. Y en lo referente al tiempo, no sólo escudriñamos el pasado remoto, sino que podemos adentrarnos en el futuro y programar nuestras actividades con la confianza científica de que se cumplirán nuestros proyectos. También avanzamos con notable seguridad por el camino desconocido y maravilloso de lo indefinidamente pequeño. Porque la inteligencia humana aún no conoce sus límites. Pero en las cosas de Dios es diferente, porque Dios es un exceso de luz que nos deslumbra y nos impide verle, como el sol radiante de una mañana de junio. Igual que nuestro lenguaje se pierde en balbuceos al hablar de Dios, nuestras ideas más brillantes apenas pueden representar alguna pálida semejanza de esa Presencia amiga que nos crea y nos sostiene en sus brazos. En cierto sentido, nos sucede como al pez, que nunca podrá saber qué es el mar en el que vive sumergido.

De todas formas, como dice la Conferencia Episcopal Española, “no podemos comprender el misterio de Dios, pero sí podemos entenderlo como él mismo se nos ha revelado. No podemos comprender cómo Dios es Padre, es Hijo y es Espíritu Santo, siendo el mismo y único Dios; cómo es uno y lo mismo; es decir, la una y única Divinidad eterna y omnipotente, pero no el mismo, sino tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la comunión de Amor. Pero la Iglesia guarda este tesoro del conocimiento del Dios vivo y verdadero, el

Dios con nosotros, y nos lo comunica de modo que podamos entenderlo, con la sabiduría de la fe, como la verdad que nos salva” (*Dios es amor*, n.40).

9. Dos soluciones tentadoras: el Modalismo y el triteísmo.

Algunos pensaron haber encontrado la solución diciendo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son modos diversos de presentarse el único y mismo Dios. En el Antiguo Testamento se habría manifestado como Padre y Creador; en la encarnación, como Hijo y Redentor; y en Pentecostés, como el Espíritu Santo que habita en la Iglesia y la edifica sin cesar. Pero el Pueblo de Dios rechazó esta explicación, rechazada ya por Tertuliano el año 213 (cf *Adversus Praxeam*, n. 27) y condenada por el Papa San Dámaso en el concilio romano del año 382 (cf D. 60). Se llama **Modalismo a esta explicación errónea**, por afirmar que las tres Personas divinas son simples “modos” bajo los que se ha manifestado Dios; y también **Sabelianismo**, porque uno de sus seguidores más fervientes fue Sabelio, un cristiano de origen libio. O quizá fue el fundador de esta teoría errónea, que debido a su sencillez, reaparece sin cesar a lo largo de la historia de la Iglesia. Bajo su aparente claridad, elimina la fe trinitaria y la base de toda vida auténticamente cristiana.

Los hombres oscilamos con la alternancia del péndulo, que parece ser una ley de los procesos sociales. Y esto acontece también en los asuntos de Dios. Al rechazar el Modalismo, se llegó de manera casi lógica a la afirmación contraria de que en realidad existen tres dioses: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cada uno sería principio del otro y un poco mayor que él. Pero la Iglesia tampoco reconoció su fe en esta postura. Y el papa San Dionisio se quejaba ya en una carta que está fechada en torno al año 260, de los cristianos que, para oponerse a Sabelio, “predican en cierto modo tres dioses, pues dividen la santa Unidad en tres hipóstasis separadas entre sí” (D 48). También esta falsa solución se prolonga en la historia de la Teología y no falta quien ha creído verla en escritos teológicos actuales.

Sin embargo, los cristianos de todos los tiempos venimos confesando que creemos en un solo Dios, y que este solo y único Dios existe en tres personas distintas. Es posible que haya expresiones menos afortunadas de esta fe, pero es la que confesamos cada domingo en la misa: “Creo en un solo Dios, Padre... Creo en Jesucristo, su único Hijo... Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida”. Nos gustaría que la inteligencia nos permitiera atisbar, ya que es imposible comprenderlo, cómo puede ser que exista un solo Dios en tres personas distintas. Y sin embargo, nos queda alguna puerta.

10. Señor, que te encuentre amándote.

No desesperamos de saber algo más sobre Dios, porque hasta la psicología moderna dice que en lo relativo al conocimiento de las personas, se puede llegar con el corazón allí donde la inteligencia no alcanza. Es lo que nos aseguran los místicos y los santos de ayer y de hoy. De hecho, vemos cómo la lectura de los escritos de los santos de ayer y el trato personal con quienes cultivan hoy la amistad divina, terminan por mostrarnos el rostro de Dios a medida que nos van contagiando su amor. Nos lo enseñó ya San Anselmo en esa su oración tan conocida y profunda, que dice: “Oh Señor, que te busque deseándote, y te desee buscándote; que te encuentre amándote, y te ame encontrándote” (Proslogion, prefacio).

La Conferencia Episcopal Española nos recuerda y completa el camino hacia el conocimiento de Dios, cuando afirma: “La comprensión de la fe es obra del Espíritu Santo en nosotros, que lleva a su cumplimiento en la intimidad de nuestras conciencias la gran obra pedagógica por la que Dios nos revela su mismo ser al tiempo que nos salva. La Iglesia es el instrumento privilegiado de Dios de esta pedagogía divina de Dios con la humanidad” (*Dios es amor*, n.40).

Y es que para lograr el conocimiento entre personas, nada puede sustituir el trato directo y amistoso. Que si es cierto lo que dice Santo Tomás de Aquino cuando insiste en que no podemos amar a quien no conocemos, no es menos verdad lo que nos enseña San Agustín al afirmar que jamás podremos conocer a la persona que no amamos.

Vivir la fe en clave trinitaria.

11. Regresar a la “patria trinitaria”: la senda de la oración.

Un teólogo italiano de nuestros días ha dicho, a propósito del olvido de la Santa Trinidad por parte de los cristianos, algo que os invito a meditar. “El mayor problema eclesial y la principal tarea para la teología es hacer que la Trinidad sea un pensamiento espiritualmente vital para el creyente y para el teólogo, de manera que toda la doctrina de la fe y toda la existencia del creyente se conciban y se vivan a partir de la profesión trinitaria. Consiguientemente, el problema es el de entender la profesión de fe trinitaria como un principio permanente de crítica de la existencia eclesiástica, como parte de la crítica a la existencia mundana y de propuesta constante de la medida escatológica de la historia” (Tomo esta cita de G. BAGET-BOZZO de B. FORTE, *Trinidad como historia*, Salamanca 1988, pg 22). Aunque el texto puede parecer demasiado tajante, pienso que tiene una gran dosis de razón.

Un fruto eminente del año jubilar puede consistir en habituarnos a vivir y a celebrar la fe en clave trinitaria y a recuperar el hondo sentido trinitario de la existencia cristiana. Es decir, a cultivar el trato asiduo con cada una de las Personas divinas y a descubrir la dimensión social de una vida que quiere ser vivida a imagen y semejanza del Dios trino con todas las consecuencias que ello implica. Si practicamos con paciencia y constancia la oración en clave trinitaria, observaremos que Dios termina por fascinarnos con su infinita bondad y belleza y que su amor transforma nuestra vida. Por una parte, el Padre nos revelará su poder y su amor misericordioso, que abarca a toda la creación y a cada uno de los seres, especialmente de los seres humanos. Por otra, profundizaremos en el misterio de la encarnación del Hijo y en lo que significan el perdón y la divinización del hombre por la muerte y la resurrección de Jesucristo, para eliminar barreras y abrirnos a su presencia en el hombre, especialmente en el hombre herido (cf Mt 25, 31-45). Finalmente, nos habituaremos al discernimiento evangélico y a dejarnos guiar por el Espíritu Santo en medio de la vida, detectando la llamada de Dios en los signos de los tiempos.

La mejor manera de regresar a esta “patria trinitaria” consiste en cultivar asiduamente el trato personal con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, que a las personas –también a la Divinas Personas- se las conoce tratándolas con amor, y no sólo a fuerza de elucubrar con la razón.

12. Gloria y alabanza al Creador.

Aunque parezca sorprendente el tener un trato personalizado en la oración con cada una de las Divinas Personas, el Vaticano II nos ofrece sugerencias actualizadas y muy ricas para iniciarnos.

Es natural que nos dirijamos a Dios Padre para agradecer el don de la vida y para pedirle que nuestra vida sea fecunda, pues si vivimos es porque El nos conoció y nos eligió desde la eternidad para reproducir la imagen de su Hijo (cf Ef 1,4). También para agradecerle la fe, el amor y la esperanza que ha derramado en nuestro corazón por el Espíritu, pues sabemos que fue El, el Padre eterno quien “decidió elevar a los hombres a la participación de la vida divina” (LG 2) y luego envió a su Hijo al mundo para que recibiéramos la adopción filial, que nos permite dirigirnos a Dios llenos de confianza, llamándole “querido Padre”, *Abba* (cf Ga 4, 5-7).

Además, dado que “el Padre creó el mundo por una decisión totalmente libre y misteriosa de su sabiduría y bondad” (LG 2), El ha de ser el término de nuestra oración de alabanza y gratitud ante la deslumbrante belleza del mundo que nos rodea. Como dice la Conferencia Episcopal Española, “siendo el Padre bueno el origen de todo lo que existe, el mundo es, en su raíz, bueno, luminoso, tiene un sentido divino” (*Dios es amor*, n.31) y “creer que Dios es el único Creador y Padre todopoderoso significa también reconocer que el mundo es sólo mundo, es decir, dependiente totalmente de Dios y en modo alguno divino (Id 32).

Nuestros padres, en una cultura agrícola, veían reflejados el rostro y la grandeza de Dios en el cielo estrellado, en los campos, en los animales y en las flores. Nosotros, que hemos recuperado el amor y la admiración por el medio ambiente, por las plantas, los árboles y los animales, por una parte podemos seguir cantando su gloria en la naturaleza. Pero quizá descubrimos mejor su infinita sabiduría y su poder cuando nos adentramos con nuestro deslumbrante desarrollo científico en el mundo de la física, la química, la medicina y las ciencias naturales. Cuando contemplamos con la mente y el corazón todo lo que el Padre ha creado por su amor y su bondad, es normal que nuestro espíritu se sienta llamado a prorrumper, lleno de asombro y de gratitud, en aclamaciones de gloria y de alabanza, que es la manera más sublime de orar.

13. Señor, muéstranos al Padre.

Nuestra relación personal con Jesucristo resulta más fácil. De hecho, no hay discípulo del Señor que no trate con él de amistad y que no le ame con todo el corazón. Y es que al asumir nuestra humanidad y hacerse compañero de camino, tenemos un acceso casi visible a El. Escuchamos su voz leyendo los evangelios, sentimos su presencia salvadora al celebrar los sacramentos y le encontramos en el rostro alegre o dolorido de cuantos nos rodean.

Sabedores de que murió para liberarnos de nuestros pecados, acudimos a El para implorar el perdón y la misericordia divina. Confiamos en El y hablamos con El, porque creemos que está en medio de nosotros cuando nos reunimos en su nombre, ya sea para escuchar la Palabra o para recitar al Padre salmos de gloria y alabanza (cf Mt 18,20).

Pero El nos dejó dicho que busquemos su presencia y hagamos presente su amor salvador y liberador en el hermano que sufre (cf Mt 25,31-46), pues “con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22). El nos lleva a Dios, pues es “Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación” (Col 1,15), pero nos lleva también al hombre, porque al revelarnos al Padre (cf Jn 14,9-11), revela al hombre el misterio del propio hombre (cf GS 2) y nos descubre el sentido y la meta de la existencia (cf Jn 14,6-7).

El acude a la cita cuando nos reunimos para celebrar los sacramentos (cf AG 9), en los que nos santifica sin cesar y nos hace miembros vivos de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf SC). Pero es en la sagrada eucaristía, “centro y raíz de la comunidad cristiana” (Ch D 30), donde esta relación de amistad y de confianza alcanza su punto culminante, ya que en ella “compartimos realmente el Cuerpo del Señor, que nos eleva hasta la comunión con El y entre nosotros” (LG 7)

14. Manda tu luz desde el cielo.

El trato personal asiduo con el Espíritu Santo suele ser muy pobre entre los cristianos de occidente. Durante los últimos decenios, el Pueblo de Dios ha ido tomando conciencia del papel que desempeña el Espíritu en la comunidad cristiana. Pero existen aún graves carencias en cuanto a una vida de fe verdaderamente trinitaria. Es verdad que han aparecido diversos grupos de cristianos carismáticos, pero su manera de vivir y de expresar la devoción al Espíritu Santo carece de la hondura teológica necesaria y no expresa con fuerza suficiente que se traduzca en un compromiso activo a favor del hombre. Además, la recuperación del sacramento de la confirmación no se ha visto acompañada por unas catequesis suficientes sobre la persona del Espíritu Santo y sobre su protagonismo en la vida de la Iglesia.

Nos dice el Concilio que es El quien santifica a la Iglesia, la mantiene unida en un mismo amor de comunión, la renueva sin cesar con sus dones, la preserva en la fidelidad al Señor y, suscitando las personas adecuadas con verdadero temple evangélico, la guía por los senderos de la historia (cf LG 4). Pero numerosos creyentes desconocen que habita en su corazón como en un templo (cf Rm 8,9; 1Co 3,16), para llenarlos del amor de Dios (cf Rm 5,5) y conducirlos a la libertad (cf 2Co 3,17).

Como resume K. Rahner, “es el Espíritu del Padre que se da por el Hijo a todos los que creen en El. Es como agua viva que mana del costado abierto del Crucificado, como fuente vivificante que salta hasta la vida eterna y apaga en nosotros la sed de eternidad. Nos hace decir ‘Abba, Padre’. Se nos da en el bautismo y en la imposición de manos. Significa la venida del Dios Trino. Nos hace participar en el amor, la verdad y la libertad de Dios. Nos hacemos en él uno, unos con otros. En él esperamos. Por él somos ungidos y sellados. Gime en nosotros y con nosotros, con gemidos inenarrables y procura el acceso al Padre y la seguridad de la vida eterna” (*La experiencia del Espíritu*, Madrid 1977, pg 15-16).

Pero a esta fe y a esta doctrina, no corresponde todavía en el Pueblo de Dios una práctica creyente de trato habitual con el Espíritu: para invocar su luz en los momentos de oscuridad y de la práctica del discernimiento; para pedir su impulso, que nos conduzca a la santidad; para que aprendamos a detectar su presencia y su llamada apremiante en los signos de los tiempos; y para encontrar su fuerza y su creatividad en la tarea evangelizadora.

Illuminados por la Santa Trinidad.

15. Desde la oración al compromiso.

En su tarea de hablar al pueblo en nombre de Dios, los profetas se ocuparon con fuerza de ayudarles a descubrir en qué consiste la oración verdadera. Por una parte, criticaron duramente una piedad que se quedaba en las palabras y en los ritos, sin caer en la cuenta que el servicio concreto al hombre es parte esencial de la vida de fe. En este sentido, son muy conocidas las críticas al culto vacío (cf Is 1,10-20; Jr Am 5,21-24). Pero es muy conocida también la advertencia divina, cuando dice: “Si no os afirmáis en mí, no seréis firmes” (Is 7,9), pues la oración auténtica es una llamada a la justicia y a la fidelidad de Dios (cf Ex 32,11-14) que nos transforma para el servicio a los demás (cf Ex 34,29-35) y tiene un gran poder de intercesión (cf Gn 18,22-32). Una de las afirmaciones más hermosas sobre Jeremías es la que le presenta como “el que ora mucho por su pueblo” (cf 2M 15,14), de manera que no sólo pide por la salvación del mismo (cf Jr 10,23; 14,7-9), sino que, en la oración, asume sus dolores (cf Jr 8,18-23) y participa de su llanto (cf Jr 12,1-5).

También Jesús critica con dureza una oración que se queda en las palabras (cf Mt 21, 28-31), pero al mismo tiempo insiste en la necesidad de orar continuamente (cf Lc 18,1-8), de pedir al Padre lo que necesitamos (cf Mt 18,19-20) y de mantenernos vigilantes en la oración, especialmente en las situaciones difíciles (cf Mt 26,40-41).

Si en el apartado anterior he insistido en la necesidad del trato personalizado con cada una de las Divinas Personas como camino eficaz para una vida de fe auténticamente trinitaria, deseo añadir que dicho trato no se debe quedar oculto en el corazón ni reducirse a experimentar sentimientos más o menos gratos. La contemplación agradecida de Dios y de su acción en nuestro mundo, en nuestra vida y en nuestra historia nos lleva a mirar y a vivir la realidad de cada día con ojos nuevos, con los ojos de la fe; nos lleva a un compromiso activo.

16. El amor a Dios Padre y el compromiso con la creación.

El mundo, visto como criatura del Padre, no sólo no pierde nada de su autonomía, sino que recupera su auténtica grandeza. Se nos presenta como sacramento del amor y de la bondad de Dios; como la primera palabra que el Padre nos dirige para darse a conocer. Lejos de ser un fruto del azar que está a merced del hombre, es un precioso regalo que debemos cuidar, recrear y amar con respeto. Con frecuencia se nos ha acusado a los cristianos de ser

responsables de la progresiva degradación del universo por haber puesto al hombre en la cima de la creación. Pero decir que la persona humana es la cumbre del universo creado y que todo está a su servicio, no implica invitar a la irresponsabilidad.

Como lugarteniente de Dios, al hombre le corresponde el cultivo de la tierra, porque tan necesaria es la labranza como la misma lluvia. Pero también le corresponde ser guardián de los dones divinos. Que si Adán nos enseña a cuidar el jardín y Noé a preservar los animales, hemos de hacerlo a la manera de quien es imagen de Dios: con el amor mismo con que Dios ama a su obra. Pues sólo así somos imagen y semejanza de Dios: cuando recreamos el mundo con amor. Y un corazón es en verdad caritativo, dice Isaac de Nínive, ya en el siglo VII, cuando está “abrasado en amor por toda la creación, por los hombres, las aves, las fieras... Por todas las criaturas”. Algo semejante ha repetido Juan Pablo II en fechas aún recientes: “Quiero dirigirme en especial a mis hermanos y hermanas de la Iglesia Católica para recordarles que están seriamente obligados a cuidar de toda la creación. Esta obligación de mantener un ambiente saludable para todos procede directamente de su fe en Dios, el Creador (...). El respeto a la vida y a la dignidad de los seres humanos debe extenderse al resto de la creación, que está llamada a unirse al hombre en la alabanza a Dios” (Mensaje 1-1 1990).

Lo que ayer eran labranza y pastoreo son hoy actividades científicas y protección de las especies, y el hombre no puede ni debe actuar sobre el mundo con desmesura ni por exclusivo afán de lucro. El mundo, tratado con amor y respeto, le ofrece también la posibilidad de hacer visibles la belleza de Dios mediante el arte; su sabiduría, a través de la investigación científica; y su amor, promoviendo el justo reparto de todos los recursos. Es así como expresamos nuestra fe en la creación y como descubrimos de verdad el carácter sagrado del mundo.

Y cuanto decimos en lo referente al cuidado de la creación en general, hay que repetirlo una vez más con relación a la defensa de la vida humana, ante la grave situación de injusticia y de hambre en que viven los países del hemisferio Sur y ante los atentados legales contra la vida. Aparte de cuanto dije en la Carta Pastoral *Buscar el rostro de Dios Padre* (pgs 30-33), me parece necesario insistir en la dura denuncia de Juan Pablo II: “la humanidad de hoy nos ofrece un espectáculo verdaderamente alarmante, si consideramos no sólo los diversos ámbitos en los que se producen los atentados contra la vida, sino también su singular proporción numérica, junto con el múltiple y poderoso apoyo que recibe de una vasta opinión pública, de un frecuente reconocimiento legal y de la implicación de una parte del personal sanitario” (EV 17).

17. la fe en Jesucristo y el compromiso con la historia.

El trato habitual con Jesucristo y la meditación asidua de los misterios centrales de su encarnación, muerte y resurrección gloriosa, nos abre la comprensión de la historia, sabiendo que Dios “decidió entrar en la historia de los hombres de un modo nuevo y definitivo enviando a su Hijo en nuestra carne, para arrebatarnos por Él a los hombres del poder de las tinieblas” (AG 3). Si el exceso de sufrimiento nos desconcierta muchas veces, el seguidor del Evangelio “cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro” (GS 10). Y consciente de que “aquel ingente esfuerzo con el que los hombres pretenden mejorar las condiciones de vida a lo largo de los siglos, considerado en sí

mismo, responde al plan de Dios”, entiende que el Evangelio con su fe en la vida eterna “no aparta a los hombres de la construcción del mundo ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber” (GS 35). Pero descubriendo “en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y sonriente, se preocupa de aliviar su miseria y busca servir a Cristo en ellos” (LG 8) y sin perder de vista que mientras “participan activamente en el actual progreso económico-social y luchan por la justicia y la caridad, tiene que convencerse de que ellos pueden contribuir mucho a la prosperidad de la humanidad y la paz del mundo” (GS 72).

18. La fidelidad al Espíritu y la apuesta por el futuro.

El Espíritu Santo es la luz interior que nos permite discernir la llamada divina de las múltiples voces que nos solicitan y nos ofrecen sus caminos de salvación y felicidad. El arte de discernir es una de las actitudes más necesarias para el creyente en este mundo plural y secularizado en que vivimos, pues no todo lo que se le ofrece al hombre es auténtico progreso. Con palabras del Concilio, “el Pueblo de Dios, movido por la fe, por la cual cree que es guiado por el Espíritu del Señor que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios” (GS 11).

Y junto al discernimiento, necesitamos cultivar y contagiar la esperanza y la apuesta por la utopía del Reino, manifestándola “incluso en las estructuras de este mundo por medio de la conversión continua y de la lucha *contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal*” (LG 35). Una de las carencias más perniciosas del hombre contemporáneo consiste en la falta de esperanza y en la resignación ante los graves problemas. Al pensar que no tienen solución, termina por no buscarla, y así convierte en real lo que eran supuestos ideológicos. El Espíritu Santo no resuelve nuestros problemas históricos, pero nos da luz y fuerza para hacerlo, ya que la fortaleza, la grandeza de alma, la bondad y el amor son frutos del trato asiduo con El (cf Gal 5, 22-23). El ha rejuvenecido a la Iglesia sin cesar, suscitando personas capaces de leer los signos de los tiempos y de dar las respuestas apropiadas en los momentos oportunos. Su presencia salvadora y liberadora se hace historia en la vida de los santos y en los grandes movimientos que supieron suscitar, como respuesta creyente a los problemas de su tiempo. San Juan de Dios, San Vicente de Paúl y San Juan Bosco son ejemplos eminentes de un pasado que sigue dando frutos al cabo de los siglos.

Sin embargo, cometeríamos una grave injusticia con Dios y con el hombre si nuestro compromiso a favor de la justicia y de los derechos humanos no abriera una ventana al más allá. El mayor peligro que corre hoy la persona humana es el de olvidar su origen y su meta, perdiendo los anhelos de vida eterna que Dios sembró en su corazón. Por eso hay que proclamar con insistencia que, “vencida la muerte, los hijos de Dios serán resucitados en Cristo, y lo que fue sembrado en debilidad y corrupción, se vestirá de incorruptibilidad” pues Dios ha preparado al hombre “una nueva morada y una tierra nueva en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz

que se levantan en los corazones de los hombres” (GS, 39). La historia presente tiene su propia consistencia y su bondad, pero a la luz de la fe es camino que nos conduce más allá de sí misma: nos lleva al seno amoroso de Dios, donde Jesucristo, Imagen de Dios invisible y Primogénito de toda la creación, reconciliará todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (cf Col 1,15-20). Y puesto que Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos nos ha dado su Espíritu, dará también vida a nuestros cuerpos mortales por el mismo Espíritu que habita en nosotros (cf Rm 8,11).

Ser imagen de Dios Trino.

19. Una existencia pascual trinitaria.

El Concilio Vaticano II, que pretendió ser eminentemente pastoral, vio la necesidad perentoria de alentar al Pueblo cristiano a intensificar su conocimiento de Dios, su trato con Dios y su experiencia de Dios. Pero en lugar de centrarse en una imagen abstracta de Dios, como la que nos ofrece la filosofía, puso ante sus ojos la imagen viva del Dios de Jesucristo. No es casual que la constitución dogmática *Lumen gentium*, que viene a ser el marco de referencia de todos los demás, comience por una exposición amplia de nuestra fe trinitaria. Pero en lugar de recurrir al lenguaje más técnico de los teólogos, acudió al lenguaje más vivo y revelador de la Sagrada Escritura. Más que decir quién o quiénes son las personas divinas, nos presenta con palabras llanas su acción personal en la historia de la salvación. Es como una invitación, que se trasluce en los demás documentos conciliares, a vivir nuestra fe pascual en clave trinitaria.

A partir del Concilio, numerosos teólogos han intentado actualizar toda la riqueza de nuestra fe trinitaria. Pero en lugar de invitarnos a penetrar con la inteligencia en la hondura inefable del misterio divino, nos han invitado a sacar las consecuencias prácticas de la fe que profesamos. “La existencia cristiana, dice Bruno Forte, es una existencia bautismal y, puesto que en el bautismo se hace presente de nuevo la pascua y se narra y se da de este modo la Trinidad, es una existencia pascual trinitaria” (*Trinidad como historia*, pg 188). Esto significa que “no reflejará al Padre una comunidad en la que no se respete la dignidad de cada uno, su autónoma creatividad en la iniciativa del amor, su ser original e irrepetible; pero tampoco reflejará al Padre una comunidad en la que las diferentes originalidades no sepan converger en una comunión (...). Lejos de ser el Padre un ‘monarca universal’ que justifique una autoridad despótica en la tierra, el Dios Padre de la Trinidad llama a cada uno a ser él mismo y a serlo en el respeto a la dignidad y a la fontalidad del amor que son propias de cada uno de los otros” (Id pgs. 180-181).

El tema es muy rico y sugerente, pues la fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, un Dios que es comunión de Personas, abre nuevos horizontes a la comprensión del ser y del actuar del hombre, a su manera de situarse ante los demás y a su vida en sociedad. Para verlo, debemos partir de la afirmación del Génesis que nos dice hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (cf Gn 1,27), y preguntarnos luego quién es el Dios en quien

creemos y cuya imagen hemos de reproducir en nuestra existencia concreta.

20. El hombre como sujeto.

Desde los primeros tiempos, los teólogos y los creyentes en general se han preguntado por el sentido de esta expresión: “ser a imagen y semejanza de Dios”. Y hay que reconocer que se ha dado

una evolución enriquecedora en la manera de comprender esta afirmación del Génesis. Desde antiguo todos coinciden en la idea básica de que los humanos somos imagen de Dios porque somos personas: el único ser en el mundo visible capaz de conocer y amar a Dios y capaz de conocerse y poseerse a sí mismo. Por eso podemos tomar decisiones libres y se nos considera responsables de nuestra actuación y de las consecuencias de la misma. Es decir, somos imagen de Dios porque disfrutamos de conciencia, inteligencia y libertad, y estas prerrogativas nos constituyen en un “alguien”, un “tú” capaz de relacionarnos con Dios y con otros “tus” con quienes compartimos la historia de cada día.

De ahí brota nuestra dignidad y la capacidad de poseer derechos inalienables, de nuestra realidad de personas. Como dice la Conferencia Episcopal Española, “el ser humano es persona, en un primer acercamiento, por ser un individuo constituido por la relación al mundo y a sus semejantes en cuanto tales; es decir, por su capacidad de distanciarse ante las cosas y de acercarse a sus prójimos. Ahora bien, en el fondo de esta capacidad, en la que se expresa la dignidad cuasi absoluta del ser humano, se encuentra la relación fundamental al misterio divino que constituye la trama última de la existencia humana. La relación a Dios que abre al hombre a las cosas como mundo y a los otros como prójimos es la que la antropología cristiana llama iconalidad divina del hombre: la criatura humana es tal por ser la única creada ‘a imagen de Dios’. Pero no a imagen de un Dios omnipotente en su lejanía solitaria (...). El ser humano, en definitiva, es persona porque es criatura destinada por Dios, antes de la creación del mundo, a estar para siempre con El de modo semejante a como lo está el Hijo eterno, gracias al don de la vida divina que se le otorga por el Espíritu Santo. Ahí está la fuente verdadera de su ser y de su dignidad” (*Dios es amor*, n. 42).

Cuanto decimos del hombre, se refiere a la persona humana como tal, sin diferencia de sexo. El gran teólogo protestante K. Barth vino a decir que la imagen lograda de Dios no es el individuo, sino la pareja humana que abarca lo masculino y lo femenino. Y tiene razón en la medida en que desea poner de relieve que la imagen de Dios que no se identifica con la del varón en menoscabo de la mujer, sino que abarca y trasciende todo lo masculino y lo femenino. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, conviene recordar “que Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas, aunque sea su origen y medida” (n. 239). En este sentido, es válido decir que la imagen total es la pareja, siempre que dicha afirmación no merme la dignidad y la grandeza de todas y cada una de las personas.

21. El hombre como ser comunitario.

Pero si partimos de la visión trinitaria de Dios, tenemos que dar un paso más, como hace el Catecismo de la Iglesia Católica (cf n. 1877-1885). Ser imagen de Dios implica que

tenemos una vocación original a desarrollar la dimensión comunitaria, tanto en el orden personal como en el social. Estamos llamados a “ser con” los demás y “para” los demás, como cada una de las tres Divinas Personas, de manera que el otro es quien nos posibilita ser nosotros mismos en el sentido más radical y genuino. Sin el otro o contra el otro no somos en verdad lo que estamos llamados a ser.

Por consiguiente, el hombre es imagen de Dios en la apertura y reciprocidad, en la comunicación al amor, en el ser-con-los-demás para edificar con ellos el futuro y vivir en el tiempo una historia de amor solidario, que sea el reflejo más fiel posible del amor eterno. De ahí que las actitudes más profundas de quienes tratan de vivir como verdadera imagen de Dios han de ser el **don de sí**, porque Dios es amor; la **apertura**, ya que la persona del otro es imprescindible para ser nosotros mismos; el **respeto a las diferencias**, puesto que sin el otro no somos en plenitud; y la **comunión**, pues de igual manera que las tres Divinas Personas son un solo Dios, la rica pluralidad de quienes habitamos el mundo constituimos una sola humanidad querida y amada por Dios tanto de forma personal como comunitaria.

Con palabras de la Conferencia Episcopal Española, “el ser personal no se agota en la individualidad. En cuanto persona, el ser humano es un ser radicalmente solidario, que se recibe y que se dona. El Hijo lo recibe todo del Padre y todo se lo devuelve a El. Y así es glorificado por el Padre y el Espíritu. Cada ser humano está llamado a vivir según el modelo de Cristo. De este modo, a diferencia de Adán, que no supo agradecer los dones recibidos de Dios, sino que trató de usurpar para sí el lugar de Dios, el cristiano, siguiendo a Cristo, el Adán definitivo, aprende a agradecer los dones de Dios y a abandonar su egoísmo y su pecado. Se reconoce entonces a sí mismo como don de Dios para los demás y se capacita para la construcción de una verdadera ‘civilización del amor’” (*Dios es amor*, n. 43). 4)

22. Proyección social del hombre como ser comunitario.

Los filósofos de todos los tiempos se han preguntado por el ser del hombre y por las actitudes básicas que derivan de dicho ser. Unos han respondido que el hombre es un lobo para el hombre y que sus actitud básica es la agresividad. Otros han sostenido que lo verdaderamente distintivo de los humanos es la individualidad y su actitud básica, el egoísmo. Iluminados por la fe, los cristianos decimos que el hombre es básicamente persona y que ha sido creado para amar y compartir, para vivir en relación. Y esta visión tiene consecuencias muy profundas también en lo que se refiere a organizar la vida social y a compartir los bienes de la tierra. Si, por una parte, no podemos ni debemos olvidar que el pecado nos hace rapaces y egoístas frente al otro, tenemos que poner de relieve, por otra, que en Jesucristo ya hemos vencido el pecado y ha quedado desactivada esa fuerza que nos arrastra a someter y a eliminar al otro. Como dijo el Papa Pío XII, un error “hoy ampliamente extendido es el olvido de esta ley de solidaridad y de caridad, dictada e impuesta tanto por la comunidad de origen y la igualdad de naturaleza racional en todos los hombres, cualquiera que sea el pueblo a que pertenezca, como por el sacrificio de redención ofrecido por Jesucristo en el altar de la cruz” (cf CIC 1939).

Cuando tomamos conciencia de lo que significa para el hombre ser imagen de Dios, no tenemos dificultad en aceptar, con el Vaticano II, que “Dios ha destinado la tierra y todo cuanto ella contiene, para uso de todos los hombres y pueblos, de modo que los bienes

creados deben llegar a todos en forma equitativa, bajo la guía de la justicia y el acompañamiento de la caridad” (GS 69). Y lo que es más importante, que este enfoque de la vida social y de la economía no se reduce a un deber moral, sino que es una exigencia de nuestra condición, en el sentido de que es el único camino que tenemos para realizarnos y ser plenamente humanos.

23. El hombre como guardián del universo.

Asumiendo esta postura más tradicional, algunos teólogos modernos han buscado mayores concreciones. Primero, intentando sintonizar con la valoración del trabajo humano muy en boga en las décadas de los años cincuenta y sesenta, vieron la esencia del ser “imagen de Dios” en la misión de ser **lugarteniente de Dios** en el mundo; **guardián del mundo** que Dios le ha encomendado, para que le cultive y le cuide con esmero. Después de los setenta, ha sido el gran interés por la ecología el que ha reavivado esta explicación teológica del dato bíblico.

Sin embargo, no es tan novedosa como pudiera parecer, pues fueron los Santos Padres los primeros en desarrollar esta visión, que luego cayó en el olvido. Baste como ejemplo el siguiente texto de San Pedro Crisólogo: “el Creador (...) pone en ti su imagen, para que de este modo hubiera en la tierra una imagen visible de su Hacedor invisible y para que hicieras en el mundo sus veces, a fin de que un dominio tan vasto no quedara privado de alguien que representara a su Señor” (*Sermón* 148, 598).

Y no está de menos seguir insistiendo en esta idea, como he dicho ya, pues “la cultura moderna despojada de la fe ha puesto en peligro la supervivencia del hombre en el mundo porque ha caído en el error de idolatrar a la Humanidad. El hombre, convertido en ídolo, como constructor de sí mismo y de su mundo, acaba por destruir y poner en peligro a la naturaleza y a la Humanidad. Muy distinta es la actitud del creyente hacia las criaturas, a las que no ve como meros objetos de posesión, sino como reflejos de la gloria de Dios” (CEE, *Dios es amor*, n.32). Podemos sopesar mejor la enorme importancia de esta visión teológica si nos paramos a pensar en todos los experimentos que se están haciendo hoy en el campo de la biología, y muy particularmente de la genética.

III. LA IGLESIA DE LA SANTA TRINIDAD

24. La Iglesia nace de la Santa Trinidad.

Durante la sesión pública que puso fin al Vaticano II, Pablo VI recalcó, en un discurso bellísimo y profundo, que el tema central del Concilio había sido la existencia y el amor de Dios al hombre. Pero al leer los diversos documentos, vemos que los padres conciliares no hablaron de Dios de forma abstracta, sino que hablaron de Dios Padre, de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo. Y resulta significativo que un concilio eminentemente pastoral comience hablando de la Santa Trinidad (cf LG 2-4).

Y es que la confesión de fe trinitaria resulta ser la única perspectiva adecuada para entender el misterio de la Iglesia, el misterio del hombre y el desarrollo de la historia humana. Pues, con palabras de San Cipriano, “la Iglesia es el pueblo unificado que participa en la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (*De orat. Dom. 23*). Es lo que nos enseñan el Nuevo Testamento y la doctrina de los Santos Padres.

Por ello, la mayoría de los autores que han escrito después del Concilio nos presentan a la Iglesia desde esta óptica trinitaria, como Pueblo de Dios que nace del seno de la Trinidad, como Cuerpo de Jesucristo que actualiza su misión en la historia y Templo en que habita el Espíritu Santo para llevarnos un día al encuentro con Dios, para cantar un eterno “gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo”. Esta dimensión no visible es la que nos lleva a hablar de la Iglesia Misterio, pues “la Iglesia, dijo Tertuliano, propia y principalmente es el mismo Espíritu en el que está la Trinidad de una divinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (*De pud. 21*).

Con palabras del teólogo Bruno Forte, “la Iglesia, tal como se presenta en el primer capítulo de la *Lumen gentium*, viene de la Trinidad, está estructurada a imagen de la Trinidad y camina hacia el cumplimiento trinitario de la historia (...). La Trinidad es el origen, la forma y la patria de la unidad eclesial, la fuente de donde ésta nace, la imagen en donde se inspira y la meta hacia la que se dirige en el camino del tiempo” (*La Iglesia de la Trinidad*, pg 72). Por eso, no podremos entender qué es la Iglesia si no nos preguntamos y si no respondemos, de la mano de la Sagrada Escritura y de los Padres: ¿de dónde viene la Iglesia? ¿Qué es la Iglesia? ¿Hacia dónde va la Iglesia? Para facilitarnos la respuesta, el Concilio nos dirá que la Iglesia está viniendo continuamente de la Trinidad; que es el Pueblo de Dios, misterio y comunión, que hace presente aquí y ahora la acción salvadora de Jesucristo; y que, nacida de “lo alto”, se dirige hacia lo alto: a la glorificación de la Santa Trinidad (cf Id pgs 72-80).

Desde este punto de vista vamos a reflexionar brevemente sobre algunos aspectos de la vida de la Iglesia que necesitan ser recalcados con mayor insistencia, como subraya justamente nuestro PLAN PASTORAL DIOCESANO 1.996-2.000, y como nos ha recomendado el Papa Juan Pablo II (cf TMA n.55).

25. Intensificar la pastoral misionera.

Toda la actividad misionera de la Iglesia arranca de la Trinidad Santa, pues dicha actividad no es sino la prolongación en la historia humana de las “misiones” divinas del Hijo y del Espíritu Santo. Como dice el Concilio, “la Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre” (AG 2).

El término “misión” quiere decir sencillamente envío, y si la comunidad cristiana envía hoy a sus miembros a proclamar el Evangelio es porque Jesucristo le ha dado el Espíritu Santo y le ha encomendado continuar, con su ayuda, la tarea o misión que el Padre le confió a El: proclamar el Evangelio con obras y con palabras a todos los hombres (cf Jn 20, 21-23).

Se habla de “misiones extranjeras” o *ad gentes* cuando se trata de llevar el Evangelio a lugares y países que no le conocen todavía. Es lo que ordinariamente se entiende por *las misiones*. Pero también se habla de *pastoral misionera* cuando se anuncia el Evangelio a quienes no son creyentes y a quienes, por diversos motivos, no se sienten miembros activos de la comunidad cristiana. Son dos aspectos de la misión de la Iglesia igualmente necesarios, que derivan del amor infinito de Dios al hombre. Si ha enviado a su Hijo, es para hacernos partícipes de su misma vida divina; y si Jesucristo nos ha dado el Espíritu Santo, es para que podamos “ir al Padre” y para que continuemos su misión hasta el fin de los tiempos (cf AG 4).

Decir que la Iglesia es cuestión de minorías, aparte de que implica una visión muy parcial de la Iglesia, puede llevarnos al conformismo y a frenar el dinamismo misionero que llevó a Dios Padre a enviar al mundo a su Hijo Jesucristo. Pienso que es más realista reconocer que nos faltan el ardor y la alegría de la fe que llenaban de *parresía* o fuerza de Dios a los primeros cristianos; y que resulta difícil hablar de Dios al hombre de hoy y presentar la novedad del Evangelio a quienes se han distanciado de la Iglesia. Pero tampoco fue fácil para los primeros cristianos hablar de Dios en su mundo.

Además de seguir alentando con generosidad nuestros compromisos misioneros con la Diócesis de Ciudad Bolívar en Caicara del Orinoco, en la *misión ad gentes*, tenemos que revisar la dimensión misionera de nuestra pastoral ordinaria. Empezando por prestar una atención especial a la iniciación cristiana y a la catequesis de adultos en las parroquias, y siguiendo luego por integrar más decididamente a las familias en la educación de la fe. Son ellas el cauce más seguro para inculcar los valores cristianos, en ese clima cálido en el que la persona es más receptiva, y numerosas parroquias han dado pasos por esta senda a través de las madres catequistas, pero es mucho lo que queda por hacer. La gran atención que el Papa Juan Pablo II y toda la Iglesia han dedicado a la familia es un verdadero signo de los tiempos mediante el que nos está hablando el Espíritu Santo.

26. Avanzar en la pastoral de los ambientes.

El Vaticano II nos recuerda que la Revelación divina, fuente y modelo de toda evangelización, se ha realizado mediante obras y palabras (DV n. 2). Durante los últimos

años, nuestra reflexión y nuestros afanes misioneros y nuestro amor solidario se han centrado en el mundo de los marginados y de los pobres. Y hay que reconocer que se han hecho progresos muy importantes en la conciencia del cristiano medio. Pero nos hemos ocupado más de la beneficencia y de la promoción humana, que de “informar con espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en la que cada uno vive” para anunciar a Jesucristo y transformar las situaciones de pecado (cf AA 13).

Si hay que dar gracias a Dios por lo conseguido, no debemos olvidar que faltan movimientos apostólicos que se adentren en los diversos ambientes para evangelizarlos y para potenciar la implantación real de la justicia y de los derechos humanos. Con palabras del Papa Juan Pablo II, existen “muchas funciones de irradiación religiosa y de apostolado de ambiente en el campo cultural, social, educativo profesional, etc.” que “no pueden tener como centro o punto de partida la parroquia” (ChL 26). Por eso, dijo Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, tenemos que alegrarnos “de que la Iglesia tome una conciencia cada vez más viva de la propia forma, esencialmente evangélica, de colaborar a la liberación de los hombres... A estos cristianos ‘liberadores’ les da una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido. La Iglesia se esfuerza por insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio de salvación que ella misma anuncia” (EN 38).

Un campo privilegiado, aunque difícil, es la Universidad. Y sin embargo, son numerosos los cristianos que trabajan en ella, como alumnos unos y como profesores otros. La legítima autonomía de los saberes no se puede convertir en un total silencio sobre Dios que deforma y falsea la visión de la realidad. El mismo carácter crítico y siempre en actitud de búsqueda del universitario tiene que llevarnos a entablar un diálogo respetuoso a la vez que bien fundado. No podemos resignarnos a estar ausentes de este laboratorio vivo, donde se recrea continuamente la comprensión que el hombre tiene de sí mismo y de su papel en la historia.

Finalmente tenemos que profundizar en el uso que hacemos o dejamos de hacer de los medios de comunicación social. Querámoslo aceptar o no, la radio y la televisión se han convertido en la escuela del pueblo, que generan corrientes de opinión, inculcan o eliminan valores y marcan poderosamente la vida de la gente. Deberíamos tomar cuenta de la importancia que conceden a estos medios los partidos políticos, aunque no siempre del uso que hacen de los mismos. Y no me refiero a las grandes cadenas, a las que resulta más difícil acceder, sino a las emisoras locales de radio y a los canales de televisión que proliferan por doquier y que todavía nos siguen abriendo sus puertas.

Pienso que más que carecer de las oportunidades y de las técnicas necesarias, nuestras comunidades adolecen de falta de espíritu misionero. Tal vez no han vivido esa experiencia alegre de fe y de salvación de la que nos habla San Pablo y que nos impulsaría a contar como él lo que hemos visto y oído, conscientes de que la fe en un verdadero tesoro para el hombre de hoy de todos los tiempos (cf Mt 13,44-45).

27. Fomentar la comunión eclesial.

Muchos expertos opinan que el término “comunión” es una palabra clave para entender la visión de la Iglesia del Vaticano II. En el fondo, los padres conciliares acuden a este concepto para decir a la comunidad cristiana que debe prestar más atención a la acción oculta y eficaz de Dios Padre por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo que a nuestras programaciones; que conviene resaltar los elementos internos que constituyen el Pueblo de Dios (fe, amor y esperanza), sobre los organizativos; que la vida interior de las personas es la única base evangélica que sostiene y hace fecunda su actividad y debe prevalecer sobre la misma; y que hemos de cultivar la vida de fe de cada miembro, por encima de su quehacer.

Para entender el misterio de la Iglesia hay que partir de sus cimientos. Y sabemos que el fundamento más profundo de la Iglesia es la Santa Trinidad, pues los bautizados sólo podemos vivir en comunión fraterna si vivimos en comunión con Dios. San Pedro expresa dicha comunión como una participación de la naturaleza divina (cf II P,14); San Pablo, como un revestirse del Señor (cf Rm 13,14) y una vida de unión con Jesucristo, nuestro Señor (cf I Co 1,9); y San Juan, como *permanecer en o ser en Jesucristo* (cf Jn 15,1-9).

Sobre esta comunión con las Personas Divinas se asienta y se desarrolla la comunión de unos con otros (cf I Jn 1,3), que se inicia en el bautismo y tiene su expresión más plena y más visible en la celebración de la Eucaristía (cf I Co, 10,16-17). Es decir, que la comunión entre los creyentes se realiza por vía sacramental, y eso implica que si una comunidad lleva una vida sacramental lánguida, no puede esperarse que viva la comunión de los santos con hondura y realismo.

El libro de Los Hechos nos ofrece indicios suficientes para descubrir hasta dónde ha de llegar esta comunión. Vemos que la fe en la resurrección no sólo los mantenía unidos en la enseñanza de los Apóstoles y en la oración, sino que los impulsaba a compartir generosamente incluso sus bienes materiales (cf Hch 2,42-47; 4,32-35). Y cuando había que tomar una decisión grave y elegir una opción pastoral concreta, se reunían a buscar la respuesta mediante la oración, la escucha mutua y el diálogo razonado (cf Hch 15,1-29). Quienes asumían una misión, sabían que los había elegido el Espíritu Santo, pues la Iglesia brota de la Trinidad, pero sabían también que recibían dicha misión en nombre de la comunidad y con su respaldo (cf Hch 13,2-3). Todos estaban atentos a las dificultades y a las tareas de los otros, para echar una mano siempre que fuera necesario (cf Hch 11,27-30); y si había comportamientos que les llamaban la atención, en lugar de criticarlos por detrás o en público, hablaban con ellos francamente, como corresponde a los seguidores de Jesús que han alcanzado madurez (cf Hch 11,1-18). Es decir, vivían la comunión en toda su plenitud: se dejaban guiar por el Espíritu, se querían, dialogaban y compartían todo, en el sentido más realista de la palabra. Para ellos, la “comunión de los santos” no era una actitud meramente interior, sino que se proyectaba con todo realismo en la vida diaria y comunitaria.

Y es que la Iglesia es una especie de proyección en la historia, en el hoy y en el aquí, de nuestra comunión con la Santa Trinidad. Como dice el Vaticano II, Cristo “instituyó tras su muerte y resurrección, por el don del Espíritu Santo, entre todos los que le reciben a El con fe y caridad, una nueva comunión fraterna en su Cuerpo, que es la Iglesia, en el que todos, miembros los unos de los otros, se ayuden mutuamente según los diversos dones que les han

sido concedidos” (GS 32). No en vano el término “comuni3n” significaba, en los primeros siglos, tanto el hecho de “comer el mismo pan”, como la vinculaci3n real y visible con la comunidad cristiana. Nacida de Jesucristo por el bautismo, la Iglesia, el Nuevo Pueblo de Dios, se construye con los dones jer3rquicos y carism3ticos que le regala el Esp3ritu, para profundizar en su realidad de ser una comuni3n de amor y de servicio, que hace eficazmente presente para el hombre de hoy la salvaci3n de Jesucristo y proclama el Evangelio con obras y con palabras (cf LG 4).

Pero dicha comuni3n puede quedarse en una palabra vac3a, si no unimos al don divino nuestro esfuerzo personal. Sin af3n de ser prolijo, deseo resaltar algunas actitudes que me parecen m3s urgentes entre nosotros hoy. En primer lugar, necesitamos redescubrir la comuni3n con el Padre por el Hijo en el Esp3ritu Santo. Algunos pensadores, tratando de dialogar con nuestra cultura secularizada y pragm3tica, han propuesto vivir el Evangelio “como si Dios no existiera”, hasta que han advertido que el silencio sobre Dios y el olvido del trato personal con Dios vac3a el Evangelio y convierte a la comunidad cristiana en una mera organizaci3n humanitaria.

En segundo lugar, la comuni3n en la misma fe y en la misma moral. Estamos muy influenciados por la cultura del individualismo y de la subjetividad exacerbada, que amenazan con diluir el Credo que compartimos en una vaga credulidad y con relativizar todos los valores evang3licos. Es la tentaci3n m3s grave que amenaza hoy a los creyentes: la de fabricarse una fe y una moral a medida de los propios intereses. Con el pretexto de la dignidad y de la libertad personal, no son pocos quienes sucumben a ella. En el fondo, es la tentaci3n de Ad3n, la tentaci3n de siempre: el subjetivismo y el relativismo moral y dogm3tico.

Finalmente deseo llamar la atenci3n de todos sobre la necesidad de fomentar actitudes de amor afectivo a la Iglesia, tan denostada incluso por algunos cristianos; de intensificar la participaci3n generosa de todos en la actividad pastoral; y de alentar la inserci3n decidida de los diversos movimientos y grupos, tan numerosos en nuestra Di3cesis malacitana, en la transformaci3n evang3lica del orden temporal (cf AA 13) y en la puesta en pr3ctica del Proyecto Pastoral Diocesano.

28. Alentar la tensi3n ecum3nica.

“La llamada a la unidad de los cristianos, que el Concilio Vaticano II ha renovado con tan vehemente anhelo, resuena con fuerza cada vez mayor en el coraz3n de los creyentes, especialmente al aproximarse el a3o dos mil que ser3 para ellos un Jubileo sacro” (UUS, 1). Con estas palabras de su Duod3cima Carta Enc3lica, *Ut unum sint*, alentaba Juan Pablo II uno de sus m3s queridos objetivos para del Gran Jubileo del A3o 2.000: “la dimensi3n ecum3nica y universal del Sagrado Jubileo” (TMA 55).

Y es natural, porque dicha dimensi3n “tiene su fuente divina en la unidad trinitaria del Padre y del Hijo y del Esp3ritu Santo” (UUS 8). Cierta que cuando este don divino de la unidad, que es impulso y dinamismo hacia la plena comuni3n con Dios y con los hermanos, llega al coraz3n de los creyentes, se ve frenado y dificultado por nuestra libertad y por nuestras debilidades. De ah3 que las leg3timas diferencias entre los creyentes se conviertan a

veces en rupturas, que dificultan o hacen totalmente imposible la plena comunión. Aunque hemos de aceptar humildemente los hechos, sabedores de que la unidad completa sólo será posible al final, cuando Dios sea todo en todos (cf 1Co 15,28), no debemos permanecer pasivos, pues sabemos también que el Espíritu Santo une continuamente a la Iglesia en la comunión y en el servicio y la construye sin cesar mediante diferentes dones jerárquicos y carismáticos (cf LG 4).

Además, no partimos de cero, pues la mayoría de los cristianos de las diversas confesiones “veneran la Sagrada Escritura como norma de fe y de vida y manifiestan un amor sincero por la religión, creen con amor en Dios Padre todopoderoso y en el Hijo de Dios Salvador y están marcados por el bautismo, por el que están unidos a Cristo, e incluso reconocen o reciben en sus propias Iglesias o Comunidades eclesiales otros sacramentos. Algunos de ellos tienen también el episcopado, celebran la sagrada eucaristía y fomentan la devoción a la Virgen Madre de Dios. Se añade a esto la comunión en la oración y en otros bienes espirituales, incluso una verdadera unión en el Espíritu Santo. Este actúa, sin duda, también en ellos y los santifica con sus dones y gracias, y a algunos de ellos les dio fuerza incluso para derramar su sangre” (LG 15).

Estos principios teológicos nos invitan a glorificar a la Santa Trinidad caminando hacia la plena comunión. Y considero oportuno exponer algunas sugerencias más concretas para que la Iglesia de Málaga continúe y dé más hondura a la labor que ya viene realizando. En primer lugar, hay que fomentar una vida intensa de oración, pues “se avanza en el camino que lleva a la conversión de los corazones según el amor que se tenga a Dios y, al mismo tiempo, a los hermanos: a todos los hermanos, incluso a los que no están en plena comunión con nosotros” (UUS 21). Es el ecumenismo espiritual y está al alcance de todos, pero de forma especial de vosotros, los enfermos y las personas a quienes el peso de los años no os permiten otras actividades.

En segundo lugar, podemos unirnos y cooperar con los demás cristianos en el servicio a los más pobres. Pienso en diversas actividades de tipo caritativo, como pueden ser algunas relacionadas con los emigrantes, los ancianos, los presos y las personas que quieren rehabilitarse de su adicción a la droga, como ya se hace en los Centros Lux Mundi. La abundancia entre nosotros de personas de diferentes países y Credos ofrecen posibilidades que debemos aprovechar, especialmente en lo que se refiere a la atención a los ancianos, a las gentes del mar y a los presos de otros países. La práctica del mismo amor es un impulso que terminará por llevarnos a compartir la misma fe y la misma Eucaristía (cf UUS 40).

En tercer lugar, importa mucho mantener vivo el aliento ecuménico y la fidelidad al Espíritu. Es cierto que hoy se habla menos del movimiento ecuménico, y hasta puede dar la impresión de que el gran impulso del Vaticano II se ha visto frenado. Pero dicho juicio no es exacto del todo. Si vamos más despacio es porque hemos llegado a esa parte del camino hacia la unión donde las dificultades son mayores. A pesar de todo, estos últimos años se han dado dos pasos muy importantes: el aceptar como válida la afirmación de las Iglesias orientales de que el Espíritu Santo “procede del Padre por el Hijo”, y que nosotros decimos “del Padre y del Hijo”; un principio de acuerdo sobre uno de los temas doctrinales más difíciles (la “justificación”) para las relaciones entre católicos y luteranos; y otro principio de acuerdo con los anglicanos, sobre el papel que le corresponde al Obispo de Roma, el Papa, en la Iglesia universal. Y el mismo Juan Pablo II ha tenido el gran coraje de decir a todos los cristianos:

“Como Obispo de Roma soy consciente, y lo he afirmado en esta carta encíclica, que la comunión plena y visible de todas las Comunidades, en las que gracias a la fidelidad de Dios habita su Espíritu, es el deseo ardiente de Cristo. Estoy convencido de tener al respecto una responsabilidad particular, sobre todo al constatar la aspiración ecuménica de la mayor parte de las Comunidades cristianas y al escuchar la petición que se me dirige de encontrar una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva” (UUS 95).

Finalmente, profundizar en nuestro proceso de conversión para que el Señor nos encuentre vigilantes. Si por una parte hemos de fomentar más decididamente las actitudes típicamente ecuménicas (la confianza en la buena fe del otro, el trato mutuo para conocernos mejor, el espíritu de diálogo, el prestar mayor atención a lo que nos une que a los que nos separa), sabemos, por otra, que la plena comunión es un don de Dios y que nos encontraremos con el hermano en la medida en que nos convirtamos más decididamente al Evangelio.

29. Peregrinar en la fe.

“El tiempo jubilar nos introduce en el recio lenguaje que la pedagogía divina de la salvación usa para impulsar al hombre a la salvación y a la penitencia, principio y camino de su rehabilitación y condición para recuperar lo que con sus solas fuerzas no podría alcanzar: la amistad de Dios, su gracia y la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano” (IM 2).

Con estas palabras sintetiza el Santo Padre el núcleo de la gracia jubilar: la conversión, el perdón de los pecados y las indulgencias. Son el regalo que Dios hace a cuantos se han puesto en camino y han cumplido las condiciones necesarias. Unos culminarán su proceso yendo a Tierra Santa, donde se desarrollaron los acontecimientos centrales de la redención. Otros, peregrinando a Roma, a las tumbas de los santos Apóstoles Pedro y Pablo. Muchos, acudiendo a los templos designados en cada Diócesis, que en Málaga será la Santa Iglesia Catedral y en Melilla la Iglesia del Sagrado Corazón. Y otros finalmente, poniéndose en camino para visitar al hermano, preso o impedido, pues todas estas diversas peregrinaciones sirven para ganar el Jubileo. Pero sin olvidar que los diferentes modos de peregrinación son símbolos que evocan “el camino personal del creyente siguiendo las huellas del Redentor: ejercicio de ascesis laboriosa, de arrepentimiento por las debilidades humanas, de constante vigilancia de la propia fragilidad y de preparación interior a la conversión del corazón” (IM 7).

Os invito a todos a peregrinar. Quien no pueda hacerlo a Roma ni a Tierra Santa, quizá pueda acudir a nuestra Catedral, símbolo de comunión eclesial por ser el templo donde está la cátedra desde la que el Obispo ejerce su magisterio. Y al alcance de todos está esa peregrinación de amor que consiste en acercarse a quien nos necesita. Habrá personas que elijan esta forma más sencilla por falta de medios económicos; y quizá haya otras muchas que la elijan para poder entregar a una causa noble los gastos previsibles en las peregrinaciones a los lugares señalados. Pero tenemos que ser muy sinceros, pues si existe el riesgo evidente de convertir la peregrinación jubilar en un viaje de recreo, no es menor el de convertirla en un gesto externo sin contenido evangélico y sin hondura de fe; o en una expresión de

orgullo. Por eso, partiendo de que la existencia humana es como una peregrinación hacia los brazos del Padre, nos alienta el Papa Juan Pablo II a iniciar ya “un cambio real de vida, una progresiva eliminación del mal interior, una renovación de la propia existencia” (IM 9).

Este proceso interior pasa por descubrir vitalmente y de manera más comprometida la persona de Cristo, “fortaleciendo la fe en El para vivir la vida nueva que nos ha dado”, para que El nos introduzca “más profundamente en la Iglesia, su Cuerpo y Esposa” (IM 8). Ahí recibiremos la “indulgencia”, en la que “se manifiesta la plenitud de la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos con su amor”. Sin olvidar que “ordinariamente Dios Padre concede su perdón mediante el sacramento de la penitencia y de la reconciliación” (IM 9).

Importa, pues, que cada uno practiquemos la “purificación de la memoria”, “que pide a todos un acto de valentía y humildad para reconocer las faltas cometidas por quienes han llevado y llevan el nombre de cristianos”. En este caso, nosotros, que no sólo hemos de reconocer los “pecados de la Iglesia”, sino también los personales (IM 11). Y ello será posible si antes de abrir la Puerta Santa, cada uno abrimos de par en par las puertas a Jesucristo.

30. Reavivar la dimensión eucarística de la fe.

El hombre es un caminante que recorre su existencia entre el nacimiento y la muerte de una manera dramática, en la que se mezclan y entrelazan las alegrías y los sobresaltos. Empieza a caminar sin saber de dónde viene ni a dónde va, hasta que encuentra la fe. Sólo entonces se da cuenta de que su vida es una peregrinación hacia la casa del Padre. Pero esta certeza oscura no le ahorra las dificultades del camino.

De ahí que la Conferencia Episcopal Española, reunida en Santiago de Compostela, nos recuerde a todos “que Jesucristo, el Camino (cf Jn 14,6) es a la vez compañero y alimento para nuestro caminar. El orienta nuestros pasos con la verdad de sus palabras (cf Jn 14,6), aviva nuestra esperanza y nos pone en ascuas el corazón (cf Lc 24,13-35). Con su Cuerpo, que es pan de la vida, recibimos el vigor para cultivar la fe y la semilla de la vida eterna (cf Jn 6, 32-58)”.

Y nos recuerdan también oportunamente que la Eucaristía es “la comunión que crea comunión”, “la fuente y la cumbre de la Iglesia y de toda evangelización (cf SC 10; PO 5), la ‘acción de gracias’ a Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo, en la que Cristo, a la vez sacerdote, víctima y altar, se entrega para la Vida del mundo” (*Mensaje...a la Iglesia que peregrina en España*, 29-V-1999).

Por eso desea el Santo Padre que mientras nos preparamos a cruzar el umbral del Tercer Milenio, glorificando a la Santa Trinidad, dispongamos el corazón para que el año 2.000 sea “un año intensamente eucarístico”, pues “en el *sacramento de la Eucaristía* el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina” (TMA 55). Y es que la Eucaristía es el punto de encuentro entre la Trinidad y el Pueblo de Dios. Cuando damos gracias a Dios Padre y le pedimos que envíe su Espíritu sobre el pan y sobre el vino, de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y en la Sangre de su Hijo Jesucristo, estamos asumiendo la historia de

la salvación condensada sacramentalmente en el aquí y el ahora. En la Eucaristía, memorial de la muerte y de la resurrección del Señor, desembocan todas las promesas de la Antigua Alianza, a la par que se renueva y se alimenta sin cesar el origen y la vida trinitaria de la Iglesia.

La Eucaristía es un sacrificio de alabanza y acción de gracias a Dios **Padre** por su infinita bondad, manifestada en la creación y en el designio universal de salvación. Una salvación que abarca al hombre y al cosmos. A través del pan y el vino, fruto de la tierra y de nuestro trabajo, el mundo entero creado por Dios y recreado por el hombre, queda incorporado a la alabanza divina como una ofrenda agradable, para gloria de Dios. La solidaridad de la creación en las consecuencias del pecado (cfr Gn 3n 3,14-18), se convierte ahora en una participación solidaria de la salvación que se nos ha dado por la muerte y por la resurrección de Jesucristo. De esta manera, “la primera creación encuentra su sentido y su cumbre en la nueva creación de Cristo, cuyo esplendor sobrepasa el de la primera” (CIC 349).

Pero la Eucaristía es, ante todo, *memorial* de la pasión, de la muerte y de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, el **Hijo**. Como tal, hace real y presente, para nosotros hoy, con la fuerza del Espíritu, el acontecimiento único de la redención realizado por Jesucristo. Lo hace por la Iglesia, sacramento universal de salvación, y en su seno. Precisamente por ello, la vida del Pueblo de Dios y de cada cristiano ha de ser una vida eucarística: una vida de entrega a Dios y a los hombres. Cuando Jesús nos ordena “haced esto en memoria mía” (Lc 22,19), no nos está diciendo sólo que realicemos el rito sacramental que actualiza su Pascua, sino que sirvamos a toda la comunidad humana de manera semejante a como lo hizo él: mediante una vida entregada a Dios y a los demás, proclamando la llegada del Reino con obras y con palabras. La participación en el Cuerpo de Cristo nos convierte en Cuerpo de Cristo; el memorial eucarístico de la Pascua se amplía a toda la existencia de la Iglesia, que celebra de este modo en la vida y en la historia el memorial de Jesucristo.

Finalmente la Eucaristía es una invocación al **Espíritu Santo**, que santifica el pan y el vino, hace real la presencia del Señor y reúne a los creyentes en el Cuerpo único del Señor. El hace viva y actual, para nosotros hoy, la palabra histórica de Jesús, cuando dice: tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo; tomad y bebed, porque esta es mi sangre (cf Mt 26,26-29). El es la fuerza de Dios, que da a la palabra de la Iglesia su eficacia y dinamismo en la historia. Además, no sólo recupera el pasado de Jesucristo para vivificar el presente del hombre, sino que anticipa el futuro para que, en medio de nuestros sufrimientos y fracasos, no decaiga y muera la esperanza. El Espíritu nos garantiza que la muerte ha sido vencida también para nosotros (cf Rm 8,11) y nos mueve “a aguardar por la fe los bienes esperados por la justicia” (Ga 5,5). Por su fuerza misteriosa, Jesucristo continúa viniendo en los sacramentos y la Iglesia se renueva sin cesar. Por eso, a pesar de nuestros pecados y fracasos, seguimos esperando. “Es la esperanza escatológica, la esperanza del cumplimiento definitivo en Dios, la esperanza del reino eterno, que se realiza por la participación en la vida trinitaria. El Espíritu Santo, dado a los apóstoles como Paráclito, es el custodio y animador de esta esperanza en el corazón de la Iglesia” (DEV 66).

Descuidar la Eucaristía y no celebrarla lleva a cerrarse a la Santa Trinidad, allí donde el Padre nos está salvando hoy y nos está hablando por el Hijo en la fuerza del Espíritu Santo. Como dice San Fulgencio de Ruspe, “porque Cristo murió por nuestro amor, cuando hacemos

conmemoración de su muerte en nuestro sacrificio, pedimos que venga el Espíritu Santo y nos comunique el amor; suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestros propios corazones, con objeto de que consideremos el mundo como crucificado para nosotros, y sepamos vivir crucificados para el mundo... y, llenos de caridad, muertos para el pecado, vivamos para Dios” (Fab. 28, 16-19). Quien se aleja de la Eucaristía, termina por olvidar que la Iglesia, en su dimensión más profunda, se realiza en la Eucaristía y es un Misterio de comunión de Dios con el hombre, y de los hombres entre sí (cf CIC 1325).

Muy relacionado con la recuperación de este sentido profundo de la Eucaristía está el descubrir de nuevo el Día del Señor, como nos recomienda el Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Dies Domini*. Pues no debemos olvidar que “la Iglesia, desde la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección del Señor, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón ‘día del Señor’ o domingo. Así pues, en este día los fieles deben reunirse para, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recordar la pasión, muerte, resurrección y gloria del Señor y dar gracias a Dios” (SC 106). Y “la Eucaristía, que desarrolla un papel importante en la fe cristiana, es la más sorprendente invención divina. Es una invención en la que se manifiesta la genialidad de una sabiduría que es simultáneamente locura de amor” (COMITE PARA EL AÑO SANTO, *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, pg 17).

IV CONCLUSION

31. Con la fe que procede de un corazón sencillo.

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica que “el misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la ‘jerarquía de las verdades’. ‘Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela, reconcilia consigo a los hombres, apartados por el pecado, y se une con ellos’” (n 234).

Nuestra inteligencia humana, deslumbrada por la inmensidad luminosa de semejante misterio, ha intentado a lo largo de la historia adentrarse en el océano infinito de Dios. Es lo que han hecho los teólogos más eminentes. Pero tras ímprobos y prolongados esfuerzos, apenas han logrado humildes balbuceos, porque Dios trasciende el entendimiento humano. Si queremos glorificar a la Santa Trinidad en este año de gracia, tenemos que avanzar por otros derroteros: por los caminos de la oración y del amor a los hermanos. Y puesto que “Dios es Amor”, quizá nuestro corazón pueda penetrar allí donde no logra hacerlo nuestra inteligencia. Pero siempre tendremos la impresión de que apenas hemos vislumbrado algunos destellos pálidos de su rostro, pues nos sucede con Dios algo parecido a lo que le acontece al montañero, que cuanto más alto escala, más lejano y fascinante se le presenta el horizonte.

Hagamos caso a San Columbano, un monje irlandés del siglo VI, que nos dice: “¿Quién es, por tanto, Dios? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. No indagues más acerca de Dios; porque los que quieren saber las profundidades insondables deben antes considerar las cosas de la naturaleza. En efecto, el conocimiento de la Trinidad divina se compara con razón a la profundidad del mar, según aquella expresión del Eclesiastés: *Profundo quedó lo que estaba profundo, ¿quién los alcanzará?* Porque, del mismo modo que la profundidad del mar es impenetrable a nuestros ojos, así también la divinidad de la Trinidad escapa a nuestra comprensión. Y por esto, insisto, si alguno se empeña en saber lo que debe creer, no piense que lo entenderá mejor disertando que creyendo. Al contrario, al ser buscado, el conocimiento de la divinidad se alejará más aún que antes de aquel que pretende conseguirlo. Busca, pues, el conocimiento supremo no con disquisiciones verbales, sino con la perfección de una buena conducta; no con palabras, sino con la fe que procede de un corazón sencillo” (*Instrucciones. Instrucción 1 sobre la fe*, 4-5).

En cierto sentido, este es el camino que nos enseñó María, “la hija predilecta del Padre y el templo del Espíritu Santo”, que “al anunciarle el ángel la Palabra de Dios, la acogió en su corazón y en su cuerpo y dio la Vida al mundo” (LG 53).

+ Antonio Dorado,
Obispo de Málaga.

Málaga, 8 de Septiembre de 1999.
Fiesta de Santa María de la Victoria

SIGLAS

- AA : Apostolicam actuositatem
- AG : Ad Gentes
- CEE : Conferencia Episcopal Española
- CIC : Catecismo de la Iglesia Católica
- ChL : Christifideles laici
- D : Denzinger
- DEV : Dominum et vivificatem
- DV : Dei Verbum
- EN : Evangelii nuntiandi
- EV : Evangelium vitae
- GS : Gaudium et spes
- IM : Incarnationis mysterium
- LG : Lumen gentium
- PO : Presbiterorum ordinis
- SC : Sacrosanctum Concilium
- TMA : Tertio Millennio Adveniente
- UUS : Ut unum sint